



# ¡NO TE RINDAS!



Cuando todo está dado  
para rendirte

ROBERTO VILASECA



# ¡NO TE RINDAS!



Cuando todo está dado  
para rendirte

ROBERTO VILASECA





Vilaseca, Roberto

¡No te rindas! : cuando todo está dado para rendirte / Roberto Vilaseca. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Publicaciones Alianza, 2018.

272 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-950-759-160-0

1. Vida Cristiana. 2. Literatura Testimonial. 3. Espiritualidad Cristiana.

I. Título.

CDD 248.4

¡No te rindas!

1ª Edición

Copyright 2018 por Publicaciones Alianza - Fundación Alianza

La Pampa 2975 P1°

C1428EBA, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

info@publicacionesalianza.com

www.publicacionesalianza.com

ISBN 978-950-759-160-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Diseño: DaFCG - dafcg@telecentro.com.ar

Foto de portada: Gino Santa María by Fotolia

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin previa autorización de la Editorial.

Impreso en Argentina - Junio 2018

Roberto Grancharoff e hijos

Tapalqué 5868 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Argentina



# ÍNDICE

Agradecimientos

Prefacio

Introducción p. 9

Capítulo 1: Hacé que las cosas sucedan p. 13

Capítulo 2: Una semilla en la mano de Dios p. 29

Capítulo 3: Morir en lo oculto p. 47

Capítulo 4: ¡A brillar! p. 67

Capítulo 5: “Quiero, ¡Sé sano!” p. 85

Capítulo 6: Exploradores de su gloria p. 101



Capítulo 7: Mi amigo el Espíritu Santo	p. 115
Capítulo 8: Su amor es suficiente	p. 135
Capítulo 9: El poder del perdón	p. 153
Capítulo 10: ¡Libres para él!	p. 173
Capítulo 11: Con su ADN	p. 191
Capítulo 12: Mi Dios, mi proveedor	p. 209
Capítulo 13: Su casa, mi casa, nuestra casa	p. 223
Capítulo 14: Un padre soñador	p. 237
Capítulo 15: Su reino entre nosotros	p. 251
Últimas palabras	p. 269





# INTRODUCCIÓN

No me motiva a escribir estas notas el haber alcanzado un logro significativo en mi vida. Al contrario, me siento el más común de los hombres, con muchos de sus sueños pendientes de cumplir. No tengo una nueva fórmula que enseñar, ni escribo para explicar lo que me dio resultado; tampoco para compartir la última revelación que bajó del cielo. Prefiero identificarme con los que todavía siguen esperando esa promesa de exaltación postergada. A veces me siento como aquellos niños que, extasiados, observan en una vidriera los trofeos de las grandes conquistas ministeriales que algunos tienen el hábito de exhibir, aunque sepa que el éxito no es otra cosa que ser fiel a lo que Dios me llamó.

Me identifico con los que no hicieron grandes milagros, ni pudieron predicarles a las multitudes, ni construyeron iglesias fantásticas, ni fueron invitados a las grandes conferencias para enseñar sobre cómo lograr resultados extraordinarios. Sí soy de los que persisten estoicamente esperando y trabajando para que sus sueños y las promesas de Dios un día se hagan realidad. Mi fe está intacta y viva; le recuerda a mi alma que lo mejor está por venir. Como un Abraham de estos días sigo esperando al hijo de la pro-



## ¡NO TE RINDAS!

---

mesa, convencido de que mis ojos lo verán porque mi Dios es un Dios que no se olvida y que es fiel.

Si alguna singularidad me ha caracterizado, según opinan los que me conocen, es que tuve la entereza de volverme a levantar y empezar de nuevo una y otra vez. «Sos como el ave fénix», me dice mi esposa quién estuvo al lado mío cada vez que me sentí polvo y volví a resurgir para una nueva temporada, en una nueva tierra de oportunidades. ¿Sabías? El ave fénix es un pájaro de la mitología griega que se consumía por acción del fuego cada determinado tiempo para resurgir de sus propias cenizas. Tengo muy claro que no soy el primero ni seré el último que más de una vez debió morir, ofrendar a Dios el fruto de su servicio, para volver a empezar. Pero ésta es mi historia.

Llegué a la edad media de la vida y creo haber caminado el suficiente trayecto para hacer algún tipo de balance de mi historia con mi amigo Jesús. Y está bien que así sea. Soy de los que buscan ser conscientes de su recorrido porque estoy convencido de que revisar, de tiempo en tiempo, nuestro trayecto nos permite recalcular, como en un GPS. Me niego a aceptar la vida casi porque respiramos, dejando que las horas, los días y los años se nos escurran como la arena entre las manos.

Cada vez que considero mi recorrido lo encuentro peculiarmente sinuoso y, por eso mismo, muy intenso. Jesús me llevó a vivir tiempos con un comienzo y un final bien definidos, con curvas pronunciadas, con marchas y contramarchas. Para que lo entiendas mejor, me mudé nueve veces, algunas de ellas a diferentes ciudades. Mi profesión de periodista me llevó a cambiar constantemente de ámbitos laborales y mi llamado ministerial no podía ser de otra manera. Hubo tiempos de servir en un lugar, con el proceso de adaptación lógico, para volver a levantar campamento y dirigirme a otra tierra y así repetir el proceso. Recorrer nuevos caminos, ir por nuevas aventuras, está en mis genes; ni siquiera cuando camino a tomar el transporte para ir a mi oficina repito el mismo trayecto. Explorar nuevos caminos nos permite encontrar nuevas realidades. No se equivoca el hombre que ensaya distintos caminos para alcanzar sus metas. Se equivoca aquél que por temor a equivocarse no actúa.





## INTRODUCCIÓN

---

«Vas a ser un hombre con las valijas listas en todo momento», me repitió una y otra vez Dios a través de diferentes hombres. Así que el cambio fue mi constante y el «volver a empezar» una premisa de mi vida. Tengo que admitir que no fue para nada aburrido, pero más de una vez sentí que el vértigo me superaba. Estoy seguro de que no me ocurrió lo que Dios le reprochó a Moab porque estuvo quieto desde su juventud y «no fue vaciado de vasija en vasija». Entonces, dice Jeremías, en su vasija aún quedó sabor a él, su olor no cambió. Demasiado sabor a uno mismo no agrada a Dios. Personalmente reconozco que me tocó ser trasvasado una y otra vez. Creo que a esta altura queda poco de mi propio sabor y espero que no quede nada para que sólo exhale el dulce aroma de Jesús.

Hoy, a mis cincuenta y tres de años, me encuentro de nuevo volviendo a empezar. Otra vez cavando un nuevo pozo, abriendo un nuevo surco, plantando una nueva iglesia en un contexto que jamás hubiera soñado a esta altura. Confieso que cuando veo cómo otros amigos han caminado por décadas en una línea recta y hoy están disfrutando de proyectos con algunos años de continuidad, le cuestiono al Señor por qué permitió este destino para mi vida. Pero entonces me viene a la memoria que Jesús sólo me invitó a seguirle y fui yo quien tomó la decisión de seguir sus pasos. Cuando las fuerzas flaquean y el ánimo se pierde; cuando estoy tentado a preguntarme por qué insisto una y otra vez, me parece la voz de Jesús diciendo: «¡No te rindas!», tu vida es tan poderosa como la causa a la que fuiste llamado. Si nuestra visión está unida a una causa tan alta es suficiente motivación para levantarnos y seguir adelante. La gran tragedia de la vida no es la muerte. Es lo que dejamos morir en nuestro interior mientras estamos vivos. Como escribió Mario Benedetti:

*«No te rindas, aún estás a tiempo de alcanzar y comenzar de nuevo.  
Aceptar tus sombras, enterrar tus miedos, liberar el lastre y retomar el vuelo.  
No te rindas, que la vida es eso, continuar el viaje, perseguir tus sueños, des-  
trabar el tiempo, correr los escombros y destapar el cielo».*

La idea de compartirte estas reflexiones no tiene otro propósito que despertar el anhelo por volver a aquellos días donde te conmovías al reconocer el amor de Jesús en tu vida. Donde le prometías seguirle sin condiciones. Te







¡NO TE RINDAS!

---

invito a volver al primer amor, a dejarte cautivar una vez más por Su voz llamándote a dejarlo todo y recordando que sus promesas no dejarán de cumplirse en tu vida. ¡Perseverá! ¡No te rindas! Entonces, un día escucharás su voz diciéndote: «Bien hecho, mi buen siervo fiel. Llegó tu tiempo de honra. Llegó tu promoción». Y si ya arrancaste el camino con Jesús, pero aún no escuchaste su voz, estoy convencido de que estas líneas llamarán tu atención para distinguirla entre tantas voces.

Desde la bruma del tiempo, cuando ardía de pasión por el amado, vuelvo a escuchar aquella vieja canción que aviva mi llamado a seguirle.

*«Tú, has venido a la orilla,  
no has buscado ni a sabios ni a ricos,  
tan sólo quieres, que yo te siga.  
Señor, me has mirado a los ojos  
sonriendo has dicho mi nombre.  
En la arena he dejado mi barca:  
Junto a ti, buscaré otro mar».*

El autor



- 1 -



## Hacé que las cosas sucedan

*«El mejor día de tu vida y el mío es cuando  
asumimos la responsabilidad total de nuestras actitudes.*

*Ese es el día en que realmente crecemos».*

John Maxwell

Solo recuerdo la frenada, el golpe en mi costado y verme debajo de aquel auto. Tenía cuatro años y algunos meses cuando cruzando una avenida me atropelló un auto. Mis abuelos me habían ayudado a cruzar aquella transitada calle, pero cuando no los vi más decidí volver atrás para ir a una librería que estaba enfrente porque quería comprarme un cuaderno y lápices para empezar la escuela. ¡Sólo quería aprender!

Más allá de unos moretones y el susto que se pegó mi mamá al verme llegar en ambulancia a casa, no tuve mayores consecuencias. Pero mi ansiedad era tal que mi mamá fue a hablar a la escuela de mi barrio y con cinco años recién cumplidos entré a primer grado. Claro, era el más chico del grupo, y eso empezó a notarse con el tiempo. Socializar con mis compañeros fue cada vez más difícil. Para los deportes de varones siempre era el descarte, hablar delante de ellos era mi peor suplicio. Estos problemas de adaptación



## ¡NO TE RINDAS!

---

me hicieron muy inseguro, torpe, tímido y tartamudo. Y el proceso continuó luego en mi adolescencia, donde no hay clemencia en el mundo de los varones. Por su trabajo y por sus propias falencias, papá no terminó de ser ese referente que te acompaña, así que me fui abriendo camino como pude, siempre con problemas de adaptación.

Pero el cambio comenzó cuando terminé la secundaria y al mes entré a trabajar como aprendiz de periodista. Fue cuando decidí que a mis temores tenía que enfrentarlos y comencé un proceso de exponerme, de arriesgarme. Empecé a descubrir otro yo. Me mudé a otra ciudad para estudiar mi carrera, experimenté ese aprendizaje de vivir solo, de resolver cada situación y hacerme responsable por mi vida. La afición por los libros era tal que, entre comer al mediodía o comprar un libro usado en la feria, prefería no comer, pero sumergirme en la lectura.

Como estudiante, mi fuerte eran los medios escritos, pero no los audiovisuales. Un profesor un día se burló de mí diciendo: «Olvidate, nunca vas a poder hacer televisión». Es exactamente lo que necesitaba. No pasó mucho tiempo cuando produje y conducí un programa en un canal de aire, que se emitía todos los mediodías y duró cinco años seguidos.

No es fácil romper con nuestros límites. Hace falta estirarnos como un elástico. Despojarnos de miedos e inseguridades y desafiarnos a superarnos cada día, aunque las circunstancias no sean las ideales para vos. Es un acto de fe y de perseverancia para que veamos los resultados. Pero tenés que tomar la iniciativa.

Tenemos la tendencia a postergar el comienzo de las cosas. Para quienes dejan todo para mañana hay una frase: «Por la calle de mañana se llega a la plaza de nunca». No dejes para mañana lo que podés hacer hoy. Esa postura cómoda y tímida de la vida es propia de aquellos que no tienen fe. Pero nosotros, quienes decidimos confiar nuestra vida en Jesús y le dimos el control, tenemos que aprender a dar pasos de fe para avanzar hacia la prosperidad que Dios tiene preparada para nosotros. Sólo triunfa en el mundo quien se levanta, busca las circunstancias y las crea si no las encuentra.

Algunos postergan emprender un proyecto de trabajo, corregir un mal hábito de carácter, dejar un vicio que me tiene controlado, ordenar la economía familiar, empezar a estudiar, arreglar cosas pendientes en casa, generar





## Hacé que las cosas sucedan

---

nuevas relaciones, ordenar el tiempo de oración con Dios, buscar un trabajo mejor, hacerse cargo de una deuda y saldarla, empezar una dieta que me haga sentir mejor, cambiar una manera de hacer ciertas cosas, dar un paso de fe hacia un sueño postergado, mudarse de ciudad... ¡Es hora de dar ese primer paso!

Tomar la iniciativa no significa ser insistente, molesto o agresivo; significa reconocer nuestra responsabilidad para hacer que las cosas sucedan. Uno de los últimos obstáculos entre Israel y la Tierra Prometida fue el Río Jordán. Pero Dios tenía un plan y dijo a los sacerdotes que trasportaban el arca que cuando entraran en el río, éste se abriría para que lo cruzaran. «Dales la siguiente orden a los sacerdotes que llevan el arca del pacto: Cuando lleguen a la orilla del río Jordán, den unos cuantos pasos dentro del río y deténganse allí», le dijo Dios a Josué.

No podés esperar hasta que todo sea perfecto, como tampoco quedarte parado hasta que ya no tengas miedo. Debés tomar la iniciativa. Los vencedores saben que la iniciativa es tu amiga. Cuando te pongas en movimiento, ciertas cosas se volverán más claras y fáciles, y cuando alcances suficiente ímpetu, muchos problemas se irán solucionando por sí solos. Si estás dispuesto a comenzar, nadie puede predecir hasta dónde podés llegar en la vida, pero nada sucederá si no lo hacés.

La Biblia relata el momento crucial cuando los israelitas tienen que cruzar el río Jordán para entrar a la anhelada tierra prometida. «Entonces los israelitas salieron del campamento para cruzar el Jordán, y los sacerdotes que llevaban el arca del pacto iban delante de ellos. En cuanto los pies de los sacerdotes que llevaban el arca tocaron el agua a la orilla del río, el agua que venía de río arriba dejó de fluir y comenzó a amontonarse a una gran distancia de allí. Y el agua que estaba río abajo desembocó en el mar Muerto hasta que el lecho del río quedó seco. Después, todo el pueblo cruzó cerca de la ciudad de Jericó» (Josué 3:14).

El Río Jordán no se secó en el momento en el que los sacerdotes entraron en él; el Señor lo secó más de cuarenta kilómetros río arriba, por lo que tuvieron que esperar a que toda aquella cantidad de agua pasara. Tuvieron que perseverar.

Tomar la iniciativa cierra la puerta al miedo. Todos tenemos miedo; la pregunta es: ¿vamos a controlarlo o a dejar que nos controle a nosotros? La fal-





## ¡NO TE RINDAS!

---

ta de acción no es sólo el resultado, sino también la causa del temor. Tal vez, la acción que emprendas salga bien y quizás otras acciones o ajustes sean necesarios más adelante, pero cualquiera de ellas es mejor que ninguna. El trabajo es mucho más difícil cuando acumulamos un montón de pequeñas tareas que deberían haberse hecho ayer, la semana pasada o el mes pasado. La manera de deshacerse de un trabajo difícil es: ¡hacerlo!

Tomar la iniciativa abre la puerta a las oportunidades. La gente que toma la iniciativa y trabaja duro puede tener éxito o puede fracasar, pero todo aquél que no la toma tiene garantizado el fracaso. Así que, preguntale a Dios: «¿Hay alguna decisión que debo tomar, algún problema que debo resolver, algún proyecto que debo empezar, algún objetivo que debo tener o aspirar o alguna oportunidad que debo aprovechar?»

Salomón escribió: «El agricultor que espera el clima perfecto nunca siembra; si contempla cada nube, nunca cosecha» (Eclesiastés 11:4). Es mejor estar seguro un ochenta por ciento y empezar, que esperar a estarlo cien por cien porque tal vez la oportunidad deje de existir. Vamos a establecer la atmósfera antes de que las cosas sucedan... porque entonces van a suceder. A Dios le gusta la gente que toma la iniciativa, la que dice: «No espero que las cosas sucedan, yo voy a hacer que las cosas sucedan, voy a establecer la atmósfera antes de que vengan mis bendiciones».

Jesús fue bautizado y el Espíritu lo llevó al desierto porque en el desierto Satanás no se apareció, sino que Jesús lo fue a buscar. Cuando dice «resistid al diablo», la palabra «resistid» está mal traducida, la palabra original es «enfrentar». Porque vos tomás la iniciativa y determinás la atmósfera que va a haber en tu vida antes de que sucedan las cosas y entonces sucederán. Dios está buscando gente que da ese primer paso para poder bendecirlos y mostrar su gloria. Ana Frank, aquella valiente jovencita que no pudo sobrevivir al régimen Nazi, escribió estas palabras inspiradoras en su cuaderno de apuntes: «Que maravilloso que no necesitamos esperar un solo minuto para comenzar a mejorarnos a nosotros mismos y a nuestro mundo».

Si hace falta una virtud para levantarnos y caminar hacia nuestros sueños es la tenacidad. Después de la Segunda Guerra Mundial, Winston Churchill pronunció un famoso y quizás el más corto de los discursos políticos ante los estudiantes de una universidad: «Jóvenes caballeros, nunca se rindan. Nunca se rindan. Nunca. Nunca. Nunca». Él no se había rendido ante las





amenazas del régimen Nazi y las miles de bombas que destruyeron Londres. Y finalmente pudo ver el triunfo. Si querés ver tus sueños hechos realidad, si querés ver el resultado de tu esfuerzo y alcanzar esa cumbre con la que soñaste, tenés que seguir adelante a pesar de todas las dificultades que se te presenten.

«Determinarás asimismo una cosa, y te será firme, Y sobre tus caminos resplandecerá luz», dice el libro de Job. En otras palabras, llevarás a buen término todos tus planes y en tus caminos brillará la luz.

¿Te propusiste algo en tu vida? Esfórzate y perseverá hasta el final. Eso es tenacidad. Esta palabra proviene de «tenax» que significa apretar o agarrar. Tenaces son las personas que se esfuerzan fervorosamente para alcanzar logro de lo que desean porque agarran o aprietan sus propósitos y no los abandonan. Al igual que una tenaza, aprisionan el objeto o deseo a alcanzar. Alguien que posee tenacidad es perseverante, constante y obstinado. La tenacidad es una virtud que permite que la gente que la posee, triunfe, porque se sobrepone a las adversidades y sigue firme en su propósito hacia la meta. Entonces la tenacidad implica tener a una meta, ignorar las distracciones, enfocándose en hacer lo correcto y permanecer fiel a la tarea que nos conducirá a dicha meta.

La Biblia dice: «Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante» (Hebreos 12:1). No es una paciencia pasiva, sino que dice «corre»: es una paciencia que te ayuda a perseverar ante los obstáculos y te da tenacidad para actuar, aunque estés cansado o desanimado.

*«Un fracaso sólo es una oportunidad que no salió bien.  
Aprendí lo necesario y volví a intentarlo».*

Esa tenacidad, hizo que Jesús convirtiera el agua en vino para que la boda no fuera un fracaso o que alimentara a una multitud hambrienta en un lugar desierto o que sanara a un ciego de nacimiento. También hizo que cargara un peso que no podía compartir con nadie: la traición y la muerte.

Quien tiene tenacidad muestra con sus hechos que no se soltará porque tiene una fuerte resistencia. Sigue avanzando rumbo a la meta, tiene una fuerte dirección. No se desanimará porque tiene una fuerte motivación. No admite distracciones porque tiene un fuerte enfoque. Y es capaz de superar aún los más fuertes obstáculos con creatividad porque tiene una mente fuerte.





## ¡NO TE RINDAS!

---

¿Cómo son las personas tenaces? Están agradecidas. Si sólo centrás tus energías en pensar de forma negativa no podrás seguir adelante. Por eso, tratá de pensar que, a pesar de lo oscuros que sean tus problemas, siempre podrían ser peores y, por tanto, actúa con perspectiva y sin tirar la toalla a la primera de cambio. Si querés, podés cambiar tu situación. También buscá aprender cosas nuevas. Pensá en tu forma de actuar para entender en qué podés haber fallado y cómo podrías cambiarlo para no cometer el mismo error la próxima vez. Un fracaso sólo es una oportunidad que no salió bien. Eso no quiere decir que sea la última ni la mejor que vaya a presentarse.

Los tenaces conocen sus debilidades. Las personas tenaces no tratan de ocultar sus debilidades, todo lo contrario, son conscientes de ello y lo aceptan con humildad y piden ayuda cuando es necesario. También reconocen sus puntos fuertes. Además de tus debilidades, es importante que pienses cuáles son tus fortalezas. Pensá en aquellas situaciones del pasado que supiste afrontar correctamente y de qué forma lo hiciste para saber qué habilidades debés fomentar.

Quien es tenaz tiene un objetivo: mejorar. No tires la toalla al primer fracaso, el camino hasta tus metas estará lleno de baches y debés saber enfrentarte a ellos y superarlos. Si algún plan o proyecto no funciona, dale la vuelta, siempre estás a tiempo de cambiar para alcanzar tus objetivos.

«Los ganadores nunca se rinden y los que se rinden, nunca ganan», dijo Thomas Jackson. Todos podemos desarrollar la fuerza necesaria para convertirnos en triunfadores y alcanzar las metas personales que nos propusimos. Y si sentís que te faltan fuerzas recordá lo que dijo Pablo: «Una palabra final: sean fuertes en el Señor y en su gran poder» (Efesios 6:10).

Quien decidió alcanzar un objetivo en la vida tiene que aprender a lidiar con las frustraciones. Todo líder lo sabe muy bien. Es muy conocido que por 28 años Abraham Lincoln experimentó un fracaso tras otro. Después de un ataque de nervios en 1833, intentó ser elegido a la Cámara de Representantes y perdió varias veces. En 1848, perdió su segunda nominación al Congreso y no fue aceptado como oficial en 1849. Estos fracasos no lo detuvieron en su lucha. En 1854, perdió en el Senado. Dos años después, perdió la nominación para la vice-presidencia y fue de nuevo derrotado en el Senado en 1858. No se dio por vencido y en el año 1860 fue electo presidente de los Estados Unidos y pasó a la historia como uno de los más grandes presidentes de los Estados Unidos de América.





Obviamente, el éxito no es la ausencia del fracaso. Es el tener la determinación para nunca darse por vencido porque «los que se detienen nunca ganan y los ganadores nunca se detienen».

Casi todas las personas que han alcanzado algo que valga la pena en su vida no sólo han experimentado un fracaso, lo han experimentado en repetidas ocasiones. Abraham Lincoln sufrió innumerables fracasos, pero él nunca fue un fracasado porque nunca se dio por vencido. Walt Disney fue igual. Fracasó en los negocios en varias ocasiones y tuvo un ataque de nervios antes de que llegara al éxito.

Enrico Caruso fracasó tantas veces con sus notas altas que su maestro de voz le aconsejó que se diera por vencido. No lo hizo. En su lugar, perseveró y se convirtió en uno de los tenores más grandes del mundo. Albert Einstein y Werner Braun reprobaron sus cursos de matemáticas. Henry Ford estaba en la ruina cuando tenía 40 años. El maestro de Thomas Edison lo llamó ignorante y después Edison falló en más de 6.000 ocasiones antes de perfeccionar la primera bombilla eléctrica.

¿Cómo reaccionás cuando pusiste mucho esfuerzo en un proyecto y finalmente no se cumple lo que esperabas? ¿Cómo te sentís cuando alguien en el que depositaste una expectativa te defrauda? ¿Qué te sucede cuando las cosas no salen como vos deseabas? Ese sentimiento se llama frustración.

La frustración es una respuesta emocional cuando ciertos deseos y expectativas no se cumplen. Se manifiesta con enojo, tristeza y desánimo. Esperabas alcanzar algo y no pudiste. Creías que alguien respondería de una manera y no lo hace. Contabas con que las cosas se dieran de cierta manera y todo salió al revés.

Yo sólo encontré una manera de enfrentar la frustración y es cuando comprendí que mi confianza no se basa en mis capacidades, sino en que Dios sigue teniendo el control. Pero La Biblia dice: «Al de carácter firme lo guardarás en perfecta paz, porque en ti confía. Confíen en el Señor para siempre, porque el Señor es una Roca eterna». ¿Por qué es importante aprender a tolerar las frustraciones? Porque vivir en una frustración constante quita las fuerzas para tomar nuevas iniciativas. «El corazón alegre es una buena medicina, pero el espíritu quebrantado consume las fuerzas», dice un Proverbio.

El mundo está lleno de personas que abandonaron proyectos y metas, que viven con un sentimiento de fracaso porque no pudieron resolver las frustraciones. Y los hijos de Dios tenemos que aprender a superar las frustra-







## ¡NO TE RINDAS!

---

ciones, volver a levantarnos y seguir adelante, como lo hizo Jesús. Él fue una persona que aprendió a convivir con frustraciones y desilusiones. Fue despreciado y rechazado: hombre de dolores, conocedor del dolor más profundo. Nosotros le dimos la espalda y desviamos la mirada; fue despreciado y no nos importó, escribe el profeta Isaías.

No todo resultaba como Jesús esperaba. Quizás hubiera esperado que lo recibieran de otra manera, pero no fue comprendido y fue rechazado por muchos. Tal vez hubiera esperado que muchos más creyeran en él, pero no fue así.

Más de una vez se quejó de la inmadurez de sus discípulos, pero no por eso tiró la toalla ni permitió que le ganara la angustia ni el enojo. Las situaciones frustrantes pueden enseñarnos muchas cosas. Por ejemplo, que un revés no significa un fracaso. En realidad, quien no experimenta una frustración nunca conocerá la satisfacción de un logro.

Es la única manera de entender que sin Dios no podemos. Abraham, José, Moisés, Elías, Samuel, David... todos y cada uno de los grandes líderes de la Biblia sufrieron situaciones como para sentirse fracasados, incomprensidos, injustamente tratados. Las personas les fallaron, se les pusieron en contra, los traicionaron y ellos siguieron adelante porque no confiaron en sus fuerzas, sino en el Dios que estaba con ellos. Los hizo más humildes y más dependientes de Dios. No podemos controlar todo en la vida.

También es una manera eficaz de aprender la paciencia, la perseverancia y, sobre todo, la compasión. También es la única manera de ser compasivo y misericordioso con los demás. Pasar por el quebranto nos hace entender a los quebrantados. Sin frustraciones, sin quebranto, no podríamos experimentar el consuelo de Dios. Dios es especialista en alentar a los frustrados: «El Señor está cerca de los que tienen quebrantado el corazón; él rescata a los de espíritu destrozado» Salmos 34:18.

¿Qué debemos hacer frente a cada situación frustrante? En primer lugar, no debemos echar culpas. No es cuestión de enojarnos con los otros, con el mundo, con Dios y con nosotros mismos. No todo sale como uno quiere o espera. No te enojés. No huir para olvidarnos de esa situación. Querer olvidarnos de ella lo más rápido posible no sirve porque el sentimiento volverá a condicionarnos en el próximo desafío. No aceptemos caer en el pesimismo.





Por supuesto, ¡no bajar los brazos! Un logro se alcanza después de muchos intentos y con cada situación frustrante se aprende algo nuevo. Los inventores saben de eso. El peor fracaso es no haberlo intentado. No te quedes con mirada negativa de la situación. Se puede rescatar y aprender mucho de algo que no funcionó como esperábamos. Por eso, debemos dar gracias por todo. Sí, hay que reconocer que la perfección no existe y que ser absurdamente exigente con uno mismo precipita la frustración. «El que afirma que lo sabe todo, en realidad, no es que sepa mucho» (1 Corintios 8:2).

Quizás sea necesario replantearnos si estamos en condiciones de cumplir ese proyecto porque, como señala Pablo, ninguno se crea mejor de lo que realmente es. Sean realistas al evaluarse a ustedes mismos, háganlo según la medida de fe que Dios les haya dado. Así como nuestro cuerpo tiene muchas partes y cada parte tiene una función específica. Dios, en su gracia, nos ha dado dones diferentes para hacer bien determinadas cosas. Sí saber que donde se cierre una puerta Dios puede abrir otra. Dios siempre proveerá y surgirán nuevas oportunidades. Hay descubrimientos que surgieron de aparentes fracasos.

Dios te creó con un propósito. Él tiene un plan específico para tu vida y te dará la capacidad de alcanzarlo. Pero es necesario advertir que uno de nuestros peores enemigos son nuestras propias debilidades. Sansón era un hombre ungido, capacitado con una fuerza poderosa para destruir a los filisteos. Ese era el propósito de su vida: humillar y destruir a ese pueblo que vivía asolando a los hijos de Israel. Así como vos y yo, Sansón estaba predestinado por Dios para manifestar su poder y su gloria. En su caso a través de una fuerza sobrenatural.

Jueces 16 nos habla de este varón poderoso. Pero Sansón tenía una debilidad que no supo reconocer ni destruir. Así como era poderoso para destruir a sus enemigos, era de débil en un área de su vida que finalmente lo terminó destruyendo: las mujeres. Él se perdía con una falda. Sus ojos se perdían con cada mujer y frente a ellas era el más débil de los hombres.

En este caso Sansón ya se había metido en problemas con una mujer. Dios otra vez lo había amonestado al permitir que el enemigo casi lo atrape, pero Sansón todavía rehusó arrepentirse. Fue entonces que Dalila entró en su vida y lo condujo a su caída. Nos asombra imaginarnos a este poderoso hombre durmiendo sobre las rodillas de una mujer perversa, pero esto es



## ¡NO TE RINDAS!

---

lo que ocurre cuando la gente decide seguir su propio camino y rechazar el consejo de sus seres queridos y del Señor. Tres veces Dalila sedujo a Sansón y tres veces él le mintió. En todo, el enemigo lo atacó, de modo que debería haberse dado cuenta de que corría peligro, pero no aprendió de tales advertencias y por cuarta vez cayó en la misma trampa y esta vez fue fatal.

Sansón nos recuerda a aquellas personas que tiene poder para conquistar a otros, pero no pueden dominarse a sí mismos. Quemó los campos filisteos, pero no pudo controlar el fuego de su lujuria. Mató un león, pero no pudo matar las pasiones de la carne. Podía fácilmente hacer pedazos las cadenas que los hombres le ponían encima, pero las cadenas del pecado poco a poco crecieron con fuerza en su alma.

En lugar de guiar a la nación, prefirió trabajar por su cuenta y como resultado no dejó ninguna victoria permanente detrás de sí. Se le recuerda por lo que destruyó, no por lo que edificó. Le faltaba disciplina y dirección; sin esto, su fuerza no podía alcanzar gran cosa. No logró dominar los impulsos que surgieron a inicios de su carrera y que veinte años después lo mataron. Como a Sansón, Satanás, nuestro adversario, logra anular a muchos hijos de Dios que tienen un destino de grandeza y están llenos de dones para servir en el Reino de Dios. ¿Cómo? Trabajando con su debilidad. Buscando cuál es su punto débil. Él anda a nuestro alrededor como un león busca su presa. Ahí apunta la tentación, buscando que caiga en la trampa, que ceda, que vuelva.

Hablando de la tentación Santiago dice: «La tentación viene de nuestros propios deseos, los cuales nos seducen y nos arrastran. De esos deseos nacen los actos pecaminosos, y el pecado, cuando se deja crecer, da a luz la muerte. Así que no se dejen engañar, mis amados hermanos».

No se dejen engañar, no sean inocentes, no vuelvan a poner el pie en la misma trampa. Todos tenemos debilidades y el diablo las conoce perfectamente. Mejor que vos. Algunos tienen debilidad por el sexo opuesto, entonces el diablo le presentará oportunidades. Otros tienen avaricia, así que el diablo le mostrará cómo ganar dinero más rápido sin importar la manera. Hay quienes caen en la soberbia, encontrará maneras de que la soberbia les siga creciendo. Luchamos con el mal humor, con la indisciplina, con la pereza, con el resentimiento, con los celos, la mentira y tantas otras cosas.





## Hacé que las cosas sucedan

---

La clave es reconocer cuál es tu debilidad. ¿La conocés? Todos debemos conocer nuestras fortalezas y todos debemos reconocer nuestras debilidades. Porque entonces vas a ponerte a trabajar para vencerla. Es tu gigante a destruir. Es fundamental que puedas reconocer tu debilidad dominante, puede ahorrarte muchas noches de lágrimas, de fracasos y de dolor. No podés darte el lujo de ignorarlas porque es una fuerza silenciosa y mortífera que mueve tu vida hacia la destrucción.

Hay cosas que comienzan de manera pequeña, te limitan, te condicionan, te impiden seguir avanzando... y si las dejás crecer, como una ofensa no perdonada o una mentira no corregida, pueden volverse tu peor pesadilla. A Moisés le costó entrar a la tierra prometida. A Saúl le costó su reinado. A David le costó su hijo. A Judas le costó la maldición de su nombre la traición. A Pedro la amargura de la negación. No hagas pacto con tu debilidad. Nunca la minimices. No seas condescendiente, no busques comprenderla ni justificarla. Si aceptás vivir con ella nunca la vas a poder cambiar. Si pensás que tu debilidad es solo un pequeño vicio y todos tenemos derecho a tener uno, tarde o temprano te destruirá.

También Saúl, el primer rey de Israel, nos puede enseñar sobre esto. Dios le había ordenado derrotar y destruir a los amalecitas. No debía quedar un solo rastro de ese pueblo para que no se le volviera en contra (1° Samuel 15:3). Saúl desobedeció y tuvo un mejor criterio. Dejar con vida a su rey y los animales que le pertenecían. ¿Sabes quién mató a Saúl?: un amalecita. ¡Lo que fallás en destruir puede destruirte!

Convertite en su peor enemigo y destruila por completo. Israel aceptó convivir con sus enemigos y estos fueron quienes les hicieron sufrir las peores tragedias de su historia. Hagamos como David con Goliat: cortale la cabeza a tu gigante.

Transformate en enemigo de tu debilidad y peleá hasta destruirla completamente, especialmente cuando ves que se está gestando en tu vida. Es más fácil cuando es controlable porque cuando pasan los años y se enquistan en tu vida, será una batalla a muerte. Algunas veces vas a ganar contra ella y otra vas a perder, pero recordá: todos los hombres caen, pero sólo los grandes se vuelven a poner de pie. Contá con Dios para destruirla. Nada puede esclavizarte. El prometió: «quebraré el yugo de sus cuellos y romper sus cadenas. Los extranjeros no serán más sus amos» (Jeremías 30:8).

Tu debilidad no puede ser superada con fuerza de voluntad. Si pudieras su-





## ¡NO TE RINDAS!

---

perarla por vos mismo, la sangre de Jesús sería innecesaria. Pero si aprendemos de Jesús veremos que las tentaciones se vencen con la palabra de Dios y del poder del Espíritu. Por último, nunca confíes en tu aparente seguridad. Pablo dijo que: «Si ustedes piensan que están firmes, tengan cuidado de no caer». Nuestra confianza solo está en permanecer seguros bajo la mano poderosa de Dios.

Si hay una debilidad que tenemos que quebrar es el temor. Ese temor paralizante que muchas veces termina arrebatándonos los sueños. Dijo Jesús: «No se turbe vuestro corazón ni tengas miedo».

Cuando los resultados no se encuentran, cuando la oposición es muy fuerte, cuando los que amás están lejos, el diablo aprovechaba nuestras defensas bajas para llenarnos de temores: temor a fracasar, a la soledad, a la escasez, al futuro. Las garras del temor te paralizan, te anula como persona y te impide alcanzar lo que Dios quiere para tu vida.

El temor es consecuencia de la desobediencia del hombre. Cuando Adán pecó le dijo a Dios: «Escuché tu voz en el huerto y tuve miedo». Satanás mismo es la fuente del temor. El diablo trata de sembrar en nuestro corazón la semilla del temor para que no alcancemos nuestros sueños. Pedro caminaba sobre las aguas en dirección a Jesús hasta que, al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse.

*«El miedo a fracasar hace que muchos no vean sus sueños hechos realidad. El remedio es la fe».*

El temor nos arrastra hacia el mal. Job siempre había tenido temor de perder todo lo que tenía. «El temor que me espantaba me ha venido, y me ha acontecido lo que yo temía», dijo. El temor es fe negativa, es esperar que suceda lo malo, creer que las cosas no van a funcionar. El miedo a fracasar hace que muchos no vean sus sueños hechos realidad.

Todos los seres humanos tenemos temores. Si tratamos de buscar en la Biblia a un hombre valiente, creo que rápidamente pensaríamos en David: enfrentó a bestias en el campo, se animó a enfrentarse con Goliat, combatió en innumerables batallas al frente de su pueblo. A sus soldados se los conocía como «los valientes de David». Pero en el Salmo 34:4 confiesa que buscó al Señor y Él le oyó y le libró de todos sus temores. No debemos sentirnos mal cuando tenemos algún temor. Lo equivocado es dejar de soñar y de avanzar por su causa.





## Hacé que las cosas sucedan

---

El remedio de Dios para el temor es la fe. Creo que si tratáramos de resumir las demandas de la Biblia para nuestra vida, podríamos nombrar a la fe y a la obediencia. Sin fe es imposible agradar a Dios. Por la fe los grandes héroes en la Biblia «conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de la debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga a ejércitos extranjeros» (Hebreos 11:33-34). La fe nos ayuda a enfrentar grandes desafíos tomados de la mano de Dios. Conseguimos cosas humanamente imposibles que sólo pueden ser alcanzadas por el poder del Espíritu Santo obrando en nosotros.

El temor es visible, la fe invisible. Las circunstancias que vivís hoy te pueden producir temor, pero la esperanza en Dios te da la tranquilidad para el mañana. Si no hago lo que Dios me pide y no avanzo en fe, nunca voy a llegar a ver el cumplimiento de mis sueños.

La fe no es ausencia de temor. Según un teólogo: «La valentía es el temor que ya ha hecho sus oraciones». Así que no tengas temor, Dios está de tu lado.

Admiro a Josué por su visión y seguridad en las promesas de Dios. Pero, a pesar de todo, pienso que era una persona con ciertos temores. Quizás no se sentía capacitado para liderar al pueblo y tomar la tierra prometida. Con Moisés la cuestión era distinta, pero ahora su líder ya no estaba; toda la responsabilidad recaía sobre su persona. Cuando Dios lo llamó tuvo que decirle cuatro veces que se esforzara y fuera valiente. Tanta insistencia nos revela que Josué tenía sus dudas y temores. Sin embargo, confió en que Dios estaba de su lado, que lo iba a respaldar, que no estaba solo. Esa confianza lo animó para llevar al pueblo a la conquista de la tierra prometida.

Todavía hay muchos sueños por alcanzar. No confíes en tus propias fuerzas, avanza en fe, todo es posible en Cristo que te fortalece. Rechazá todo temor al fracaso, a la crítica, al ridículo, a hablar en público, a la burla, a emprender nuevos proyectos, porque estás sirviendo a un Dios grande y la gloria es toda de Él. Hay una «tierra prometida» delante de tus ojos, pero también muchos «gigantes» que vas a tener que vencer. Uno de ellos es el temor. Enfrentalo. David lo hizo con Goliat y no le fue nada mal. ¡Adelante! A la victoria con Cristo.

Todos tenemos incorporado el concepto del esfuerzo en las cosas de la vida:





## ¡NO TE RINDAS!

---

para adquirir bienes, para ser alguien en la vida, pero nos cuesta entender que en las cuestiones de la fe también se nos demande esfuerzo. Al fin y al cabo, venimos a la iglesia para encontrar la paz que no encontramos en este mundo o para que Dios solucione lo que hicimos mal o que haga un milagro. Tomamos a la fe como un bastón donde apoyarnos en nuestro caminar diario. Pero si tomás la vida cristiana en serio, si realmente te interesa ser cada día más parecido a Jesús, si quieres cambiar de forma de vida, entonces te vas a enfrentar son serias dificultades porque vas a caminar por el camino angosto y nadarás contra la corriente.

Si querés romper con la medianía de este mundo, si querés asomar la cabeza un poco por arriba del resto, si querés ser diferente y servir a los demás, entonces el único camino es el esfuerzo. No hay un camino fácil para los que quieren ser mejores, no hay comodidad para los que quieren edificar algo sólido, no hay tregua para quienes se proponen ser sal y luz en este mundo.

Por eso dijo Jesús que quien quiera ser su discípulo debía negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguirle. Debía renunciar a todo. Y ese todo involucra todo, porque el reino de Dios es tomado por los valientes, los que no dudan en dar la vida con tal de ganar la corona de la vida. Porque como dijo Jesús: «Quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien la pierda por causa de mí y del Evangelio la salvará».

Vivir en estado de gracia hace la gran diferencia. Por años vivimos en desgracia, maldecidos por nuestros pecados, pero cuando aceptamos a Cristo como nuestro salvador y rey, recibimos el perdón, la gracia, las bendiciones, el poder. Ahora esa gracia es la que me lleva al cielo, pero no puedo quedarme sólo con eso. Debo construir sobre esa gracia, debo edificar sobre ella. Y entonces es cuando me toca poner mi parte, que es insignificante ante lo que hizo Dios. Mi parte es esforzarme, es cada día elegir a quien sirvo, es tomar decisiones justas, es morir a la carne, es enfrentar las dificultades con fe y esperanza.

Si hay gracia sobre mi vida y no cambio, estoy desvalorizando la gracia. Si no trabajo y no me esfuerzo, estoy despreciando la gracia. Y la gracia de Dios no es algo para desaprovechar. Pablo habló de esfuerzo porque para perseverar en la fe, para seguir las pisadas de Jesús, hay que esforzarse, pero es el mejor esfuerzo porque hace de nosotros mejores hijos de Dios.





## Hacé que las cosas sucedan

---

¿Dónde está la meta de tu vida? ¿Qué lugar ocupa el servir a Dios entre tus pensamientos? Para Pablo la meta de su vida parecerse cada día más a Cristo y ayudar a otros a que fueran verdaderos discípulos de Jesús, como también lo era él. «Es Cristo en vosotros la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Colosenses 1:29).

Pablo alentó a su discípulo, Timoteo, para que tomara el ejemplo de tres tipos de hombres: el soldado, el atleta y el agricultor. Esfórzate como lo hace el soldado, que sufre penalidades para agradar a aquél que lo tomó. Tenemos que ser capaces de ser militantes, activos, comprometidos como un soldado de Cristo. Y tenemos que hacerlo para agradar a Aquél que confió en nosotros y nos escogió para una hermosa tarea, la de llevar el mensaje de esperanza a los perdidos.

Esfórzate como lo hace el atleta que lucha y se disciplina cada día por mejorar para correr por una corona pasajera. Nosotros tenemos como premio una corona incorruptible, pero está reservada para los que cada día se esfuerzan, se niegan a sí mismos, se abstienen que los placeres de la carne y de la vanagloria de este mundo para alcanzar esa corona.

Esfórzate como trabaja el agricultor, que cada día sale al campo temprano para labrar la tierra, prepararla para sembrar: siembra con esperanza y riega soñando con la cosecha.

Nosotros tenemos que aprender del hombre de campo. A ser esforzados, perseverantes, entusiastas y laboriosos, sin conocer feriados ni vacaciones hasta levantar la cosecha. Pablo finalmente se pone como ejemplo y nos manda a soportar por amor de los escogidos. Y nos indica la verdadera motivación de todo este esfuerzo: el amor. Uno puede esforzarse por vanagloria, otros pueden luchar por un orgullo humano, pero el único valor para el trabajo esforzado y el sufrimiento es el amor. Amor a Dios y amor a los demás.

Pablo no le oculta la verdad a Timoteo, no es condescendiente con él. Si quiere ser un siervo de Dios tiene que aprender a sufrir, a esforzarse, a luchar, a trabajar y a soportar. Hay un precio que pagar, pero hay una gloria mayor para quienes tienen una entrega mayor, hay recompensa para el que deja todo por Cristo.







## ¡NO TE RINDAS!

---

Pablo nos cuenta su experiencia y nos enseña a disciplinarnos. Sin disciplina no se llega a ninguna parte, sin dominio propio nunca será transformado nuestro carácter. Dios nos está desafiando a poner nuestras responsabilidades y nuestros valores por encima de nuestras ganas. De acuerdo a lo que querés ser, así debe ser tu esfuerzo.

Esforzate, luchá, trabajá, soportá. Nunca lo harás en mayor medida de lo que se esforzó, sufrió, luchó, trabajó y soportó Cristo por tu vida. Dios te está pidiendo que tomes decisiones, que priorices qué es lo más importante en tu vida, que sepas que a algo vas a tener que renunciar, que no podés darte el lujo de no venir a la iglesia porque querés dormir un poco más. El que quiere celeste, que le cueste. Hace muchos años que yo ya me decidí y te puedo decir que elegir a Cristo vale la pena.

Dejémonos inspirar por una de las mujeres más relevantes de la historia, Teresa de Calcuta, que encarnó sus propias palabras:

*Siempre tené presente que la piel se arruga,  
el pelo se vuelve blanco,  
los días se convierten en años  
pero lo importante no cambia.  
Tu fuerza y tu convicción no tienen edad.  
Tu espíritu es el plumero de cualquier telaraña.  
Detrás de cada línea de llegada hay una de partida.  
Detrás de cada logro, hay un desafío.  
Mientras estés vivo, sentite vivo.  
Si extrañás lo que hacías, volvé a hacerlo.  
No vivas de fotos amarillas...  
Seguí adelante aunque todos esperen que abandones.  
No dejes que se oxide el hierro que hay en vos.  
Hacé que en vez de lástima, te tengan respeto.  
Cuando por los años no puedas correr, trotá.  
Cuando no puedas trotar, caminá.  
Cuando no puedas caminar, usá el bastón.  
¡Pero nunca te detengas!*

